

## Herederos y protagonistas de relaciones violentas\*

*Esther Althaus\*\**

EN LO PERSONAL, me resulta particularmente significativo comentar esta noche el libro de Cristina, porque podría decir que soy testigo, algo así como madrina, de su nacimiento. Y desde ese lugar, les puedo contar que se trata de un alumbramiento largamente anunciado. Anunciado por toda la trayectoria de vida de Cristina, por su compromiso existencial con la defensa de los Derechos Humanos y la Contraviolencia, las causas de la Democracia y la Justicia Social. Esta trayectoria, iniciada en su natal Argentina y matizada por la dura experiencia de la represión y el exilio político, no es ajena a los temas desarrollados en el libro, que suma así al rigor metodológico y teórico, el impacto de lo vivencial. Tal vez estas experiencias de vida marcaron su dirección vocacional, lo cierto es que desde que la conozco, y de eso ya ha transcurrido un largo trecho, la he visto apasionarse y participar activamente en proyectos que han significado una franca denuncia de todas las formas de violencia.

Este es un aspecto que admiro profundamente en Cristina, la congruencia entre su postura profesional y su posición ante la vida, de manera que su decir, (¡y vaya que dice!), está avalado por su hacer (¡y vaya que hace!).

Y qué dice y hace en este libro. Nada menos que denunciar con fuerza la violencia en sus múltiples manifestaciones, analizando la complejidad del fenómeno en toda su envergadura, y proponiendo alternativas para su manejo.

\* Bottinelli, Ma. Cristina. *Herederos y protagonistas de relaciones violentas*, Lumen, Argentina, 2000.

\*\* Médica psiquiatra y terapeuta familiar. Coordinadora de docencia del Instituto Superior de Estudios de la Familia, ILEF.

La riqueza de su planteo reside en la variedad de miradas, que generan distintas vías de abordaje y comprensión.

Esto ha permitido que cada uno de los comentaristas pudiéramos enfocar partes de esa diversidad, y presentarles así una visión panorámica de la obra.

Por razones de consonancia en la actividad clínica y epistemológica, y para no redundar en lo que ya ha sido manifestado, me interesa referirme en particular a dos aspectos específicos: la elección del marco de referencia, teorías y paradigmas en juego; y la relevancia de aplicar el mismo lente multifocal, isomórfico, para comprender el rol y diseñar la acción de los agentes de intervención.

La complejidad intrínseca de la violencia requiere que para aprehenderla uno se acerque con un repertorio amplio de recursos. La multi-determinación de factores generadores de violencia es abordada por Cristina a través del señalamiento de las **macro** condiciones en las que surge; y que por tanto nos remite a la necesidad de tomar en cuenta las causas históricas, sociales, económicas, es decir a la cultura dominante y las variables que la desencadenan; y a las condiciones **micro**, lo que pasa en y entre los sujetos que protagonizan la violencia.

Este entramado es contingente a todas las manifestaciones humanas, por eso es interesante la elección de dos referentes epistemológicos que permiten la articulación y la calibración de lentes adecuados para abordar esta doble dimensión macro y micro.

Me refiero a la Teoría General de Sistemas y al Psicoanálisis.

Trabajar sobre esta articulación posible ha sido una vieja inquietud que nos ha interesado a las dos, y nos llevó a utilizar esquemas y a construir puentes de vinculación entre ambas teorías, respetando las particularidades de cada una. En los ya lejanos encuentros que el ILEF organizara en Tepoztlán, planteábamos esta posibilidad, que ahora aparece plenamente desplegada y aplicada en el modelo de abordaje a la violencia desarrollado en este libro.

Un ejemplo de este puenteo entre lo relacional y lo psicodinámico está representado por los modelos coevolutivos y modalidades vinculares, sobre los que Cristina ha venido trabajando intensamente, en aplicaciones clínicas y talleres vivenciales con alumnos en entrenamiento en el ILEF. Todo el juego de defensas transpersonales, ampliamente estudiadas por

Laing, y las experiencias traumáticas del pasado constituyen la trama vincular inconsciente de las relaciones violentas.

Estos mecanismos intrapsíquicos también juegan un papel importante en la transmisión transgeneracional de mandatos, mitos y rituales familiares, tema que también es objeto de consideración, por la trascendencia que tiene en la perpetuación de patrones de violencia.

Para aclarar la integración de modelos, cito el siguiente párrafo:

Convocar una mirada desde el *paradigma sistémico* significa hablar de conexiones, ecología y contextos coevolutivos, basarse en el dilema del cambio y la crisis (como peligro y oportunidad), y bordear los estados de desequilibrio sobre los homeostáticos, como más propiamente humanos (32).

Mirar desde el *paradigma psicoanalítico* conlleva atender los procesos conscientes e inconscientes (y simplificando el desarrollo más complejo desde la perspectiva lacaniana del “nudo” RSI, real, simbólico e imaginario), que dan cuenta, entre otros, del duelo y situaciones traumáticas, como también del deseo, los sueños y las expresiones culturales y artísticas, revelando el corazón de aquellas interacciones entre sujetos sociales: las personas y sus vínculos”.

Aquí se condensa la razón de esta postura epistemológica.

Esta integración ha sido cuestionada por diversos autores; sobre todo la de la postura psicodinámica. Plantean que atender al componente psicológico puede llevar a una justificación del hecho violento, atribuyéndolo a factores inconscientes o traumas del pasado, perdiendo los problemas socio-políticos y las cuestiones de abuso de poder que están implicadas.

Creo que, lejos de significar una justificación, la inclusión de lo psicodinámico y vincular amplía la comprensión de la violencia. Además, Cristina Bottinelli se encarga de definir con claridad su postura: la violencia es siempre un hecho INMORAL; y el entender sus componentes intrapsíquicos no exime de RESPONSABILIDAD al agresor.

Aquí es necesario diferenciar violencia de agresión, entendiendo por esta última la tendencia o energía vital al servicio de la sobrevivencia, que implica destruir a otros seres, pero como parte del circuito de trans-

formaciones biológicas. El catabolismo sería la expresión intraindividual de esta energía. Otra manifestación está constituida por las reacciones de ira o enojo, que son emociones propias del ser humano. Es difícil concebir al hombre sin adrenalina. Sin embargo, cuando estas emociones no están enmarcadas por valores morales y éticos de reconocimiento y respeto al prójimo, se cae en la violencia, donde el abuso de poder y el ataque a la dignidad humana convierten a la agresión en los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Con respecto al papel de los Agentes Sociales que intervienen en procesos de violencia, es de destacar la atención prestada por la autora a este tema, tanto en lo referente a la formación de los mismos, como a su cuidado personal, ya que la función genera, circularmente, violencia, riesgo y estrés.

Al ser la propia persona del agente interventor su instrumento de acción, resalta que su implicación es el factor decisivo para la intervención. Su sistema de creencias, valores, experiencia de vida, inserción socio-cultural, étnica, religiosa, de género, serán determinantes de cómo juegue su papel.

Asimismo, el trabajar con este material de alto voltaje emocional despierta reacciones igualmente intensas.

Esto lleva a la necesidad de proteger al agente de la posibilidad de “burn-out”, de agotar su energía y disposición en procesos que resulten destructivos.

Frente a ese riesgo, surgen propuestas como el trabajo interdisciplinario, la formación sólida, los grupos de apoyo, los talleres vivenciales, la supervisión de la tarea, y la terapia personal de los agentes sociales. Es muy importante el trabajo en equipo. En este campo, aislamiento equivale a vulnerabilidad.

Lo que he expuesto es sólo una “probadita” de lo mucho que los lectores encontrarán en este libro, que recomiendo ampliamente e invito a todos a leer. Y digo a todos, porque creo que hoy día nadie está excluido de tomar una posición frente a las innumerables formas de violencia. No hay neutralidad posible, y por tanto, todos somos responsables de ser agentes reproductores por omisión o “imparcialidad”; o reactivos, al comprometernos con un movimiento que ya no admite retrocesos.